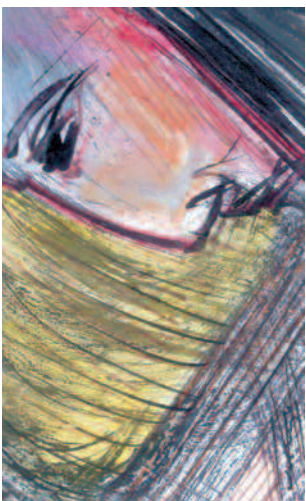
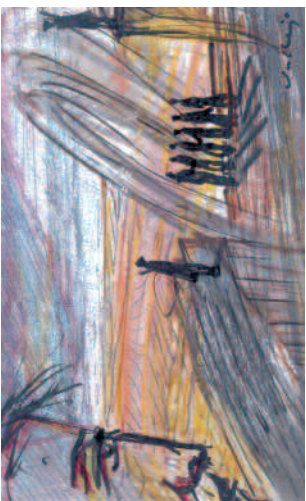
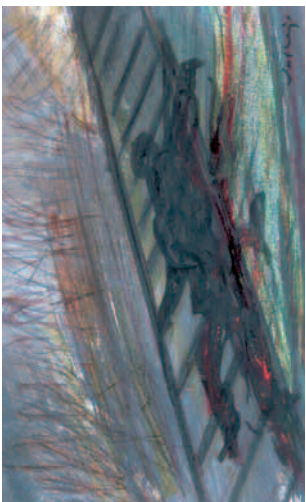
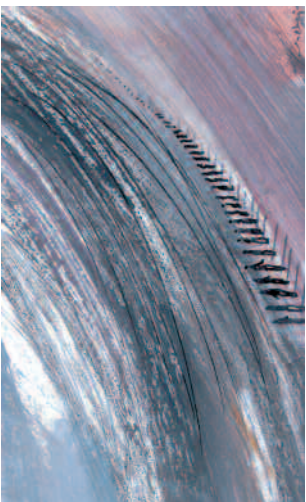
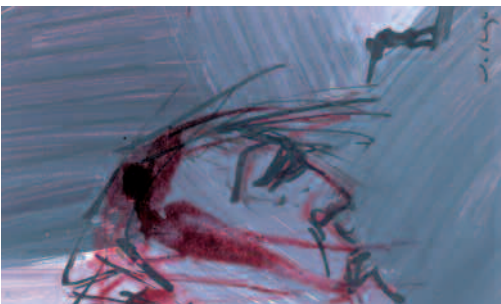
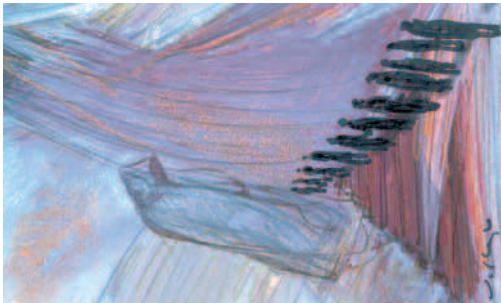
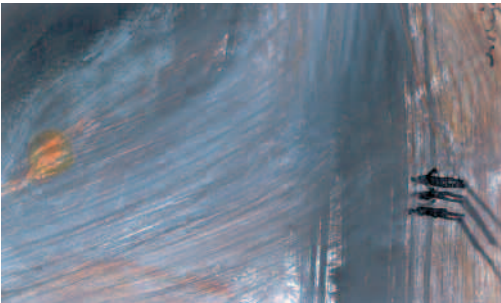
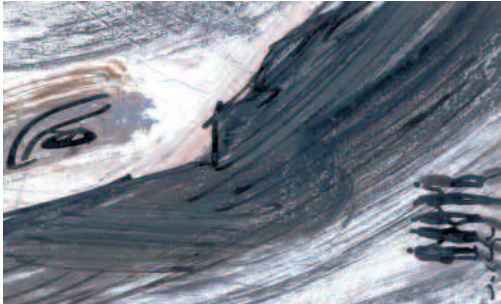
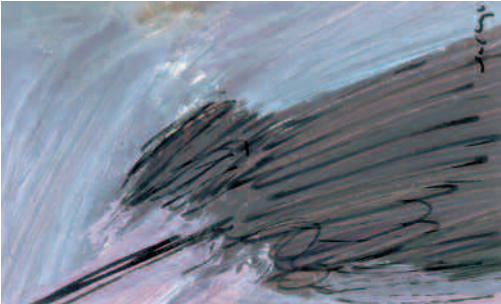
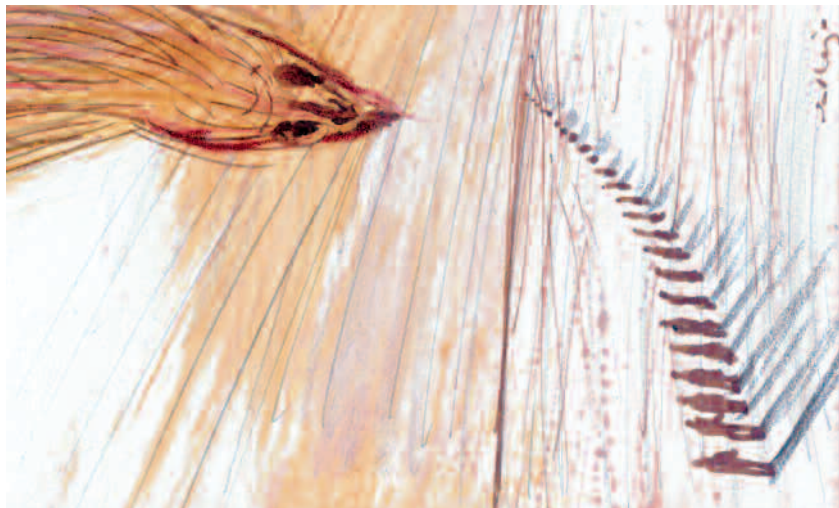














Estas dos maternidades realizadas por Vallejo, se diferencian entre sí cuarenta años.

La escultura fue realizada en 1967 en una piedra de Hontoria correspondiente a un osario; por ello en su dorso lleva una inscripción funeraria medieval. El pintor aprovechó este soporte para expresar el alfa y omega del ser humano, el orto y el ocaso, parámetros del hombre que siempre le han inquietado y que le llevaron a crear sus célebres monografías sobre el Apocalipsis, la Divina Comedia y los Cinco sentidos.

La piedra ha sido vaciada para sacar de ella un alumbramiento ya celebrado, pero cuyo regazo lo componen dos ancianos, probablemente los abuelos del niño que, en medio de su abrazo, parece enhebrar la ausencia de sus progenitores con su desnudez, delatando una angustia de soledad que se envuelve simultáneamente con la ternura de los ancianos.

Vallejo, contaba con dieciocho años cuando esculpió este relato tan fascinante sobre la piedra extraída del amnios del que más tarde se sacara la materia que hizo posible la catedral burgalesa.

Y fue Burgos la ciudad que inspirara también esta otra maternidad pintada al óleo en marzo de 2006. En ella, una joven mujer amamanta a su pequeño mientras sus lágrimas



La Despedida

2006

Óleo sobre lienzo

116 x 89 cm.

mas vierten la elipse más angustiosa que imaginarse pueda: describe en su seno lágrimas que nutren junto a la lactancia el futuro desolador de cuarenta años de dictadura y relegamiento. El alba entra con su sol agostoso del año 39 por la puerta de su casa, viene con el preludio de la muerte entre dos guardias que acaban de dejar en la alidaba la sentencia de un paseo sin retorno.



La Despedida
Detalle

El hombre que ha abierto la puerta parece ser un anciano, acaso el padre de la mujer.

El escenario tantas veces repetido a lo largo de la fraticida guerra española, es inmortalizado por el pintor desde una observación del asunto hacia el espectador, lo cual puede estremer desde la misma luminosidad de la obra, hasta el tenebrismo que se supone desde el instante en que se entorne la puerta.

Probablemente los disparos cercanos a la casa se dejaron sentir junto a una nana que trató de diluirlles: una canción de soledad perenne que salta de la obra hasta quien la contempla, seguramente sin indiferencia.

Febrero de 1981

En febrero de 1981 yo era un niño de 8 años. Mis recuerdos de este y otros episodios políticos de la Transición, por tanto, son pocos y casi todos muy vagos: puedo evocar la renuncia de Suárez a la presidencia del Gobierno, a Calvo Sotelo mostrando el nuevo escudo de España que sustituía al franquista y alguna imagen más: todas tienen en común el que las conocí –como es lógico– a través de la televisión. Me imagino en el salón de la casa de mis padres, ante aquel enorme aparato –lo recuerdo gigantesco– que tardaba en encenderse y, una vez desvanecida la oscuridad de la pantalla, emitía imágenes en blanco y negro. En mi casa no se prestaba especial atención a estas noticias y aquellos tiempos de agitación política se vivieron sin especial dramatismo.

Óscar Esquivias

En cualquier caso, era la televisión la que nos servía imágenes de un mundo en buena medida ajeno: sucedían cosas importantísimas, pero todas lejos, en Madrid, y su relación con nosotros era remota. Acababa la emisión, una vez que se oía el himno nacional, se podía apagar el televisor y todo se olvidaba.

El golpe de Estado fue una excepción. Todos tenemos grabadas las imágenes del asalto al Congreso. Aquella acción, que fue un disparate en todo, tuvo éxito –a su pesar– en una única cosa: en los escenográfico (y aún más: en lo iconográfico). Ese teniente coronel con el tricornio, los bigotes, sus expresiones cuarteras, un viejo que se le enfrenta y al que no consigue derribar, la pistola apuntando al techo, las detonaciones, los diputados echándose al suelo, la larga espera...: Todas estas imágenes no sólo poseen valor documental, son también expresiones perfectas e insuperables de un acontecimiento que va más allá de lo histórico para adquirir la dimensión de arquetipo de lo que es un golpe de Estado. No hay recreación que pueda superarlas, tienen una perfección dramática conmovedora. Podemos ver continuamente la filmación sin cansarnos porque teatralmente posee un valor supremo, aparte de lo que representa como testimonio. No siempre sucede así: a menudo la realidad a algunos artistas les parece ayuna de grandeza y cuando la recrean, la modifican para tratar de dignificarla (que, según su concepto, es tanto como enfatizarla). Fue lo que hicieron los pintores del XVIII y el XIX, cuando la llamada “pintura de Historia” reprodujo los acontecimientos sobresalientes del pasado o lo que practican continuamente el cine y la literatura, con desigual fortuna.

No es el caso del golpe de Estado de febrero de 1981. Conozco pocas recreaciones artísticas de un momento tan dramático que, de otro modo, sería idóneo para la novela, el cine o la pintura. Creo que si casi nadie se ha atrevido es porque resulta difícil, en este caso, superar la perfección iconográfica de la propia realidad, de esas imágenes que dieron la vuelta al mundo y que todos los españoles –incluso los que éramos niños entonces– llevamos grabadas en la memoria.

Cuando, por casualidad, me encontré con Juan Vallejo a la puerta de su estudio en un caserón de Gamonal y me enseñó las obras sobre las que estaba trabajando, me sorprendió –pues– que se enfrentara a un acontecimiento así y que lo hiciera de la manera dramática, casi desaforada, con que lo hace. De repente uno viaja en el tiempo y cobra conciencia de la manera tan diversa como se pueden vivir las cosas: yo, un chaval que asiste fascinado a una transmisión

televisiva donde los guardias civiles golpistas tienen la misma entidad ficticia que los vaqueros o los romanos de las películas; Vallejo, un hombre joven, consciente de lo que sucede, que expresa hoy de manera hiperbólica su desgarró, su indignación y su rechazo. Más allá de estos sentimientos, el hecho de inspirarse en este momento histórico y de presentar una alternativa plástica diversa a la real, a la histórica, a la que todos llevamos en el recuerdo y con la que la vamos a comparar, parece un empeño hercúleo y quijotesco a la vez. Y es que algo de ambos –de Hércules y de Don Quijote– tiene Juan Vallejo, con un pincel en ristre en vez de la clava o la lanza, siempre dispuesto a medir sus fuerzas en empresas desproporcionadas.

Hace cincuenta años, en una caja de cerillas, ocultaba yo una insignia cuyos colores me llamaban mucho la atención, eran los colores de la bandera republicana. En aquella cajita tenía mis dientes de leche guardados y siempre estaba localizada entre otros objetos que procuraban detener la memoria incipiente de un niño de seis años en las cosas inexplicables y enigmáticas.

Un día, me puse la insignia y fui a la escuela con ella prendida en mi chaqueta. Al día siguiente, mi madre, me pidió la tricolor bandera y me prohibió mostrarla y ponerla en mi vestuario.

Pasados los años, comprendí aquella reprimenda y entendí la llamada de atención del maestro a mi familia.

Han pasado 75 años desde la ideación de aquellos colores, los que conjugaron los parajes de la libertad y la cultura, los que simbolizaron el proyecto solidario más bello que esta nación ha podido traer jamás. Compañeros y amigos que cayeron en la vil dictadura, que permanecieron en el tenebrismo padeciendo insidia y desprecio, que hoy viven entre la savia de la memoria y el tacto de su historia hecha lumbre y sol, trabajo y amor, están presentes en esta obra que he pintado con el dolor que ellos derramaron y la enseñanza de su humildad. Son cuadros que callan y gritan, que me han acompañado en la rebeldía de tantos años.

Ahora os les presento con el aliento de los míos cuando presencian su materialización. Un estímulo que me ha servido para ser un hombre libre, un hombre pintor que quiere compartir la memoria de unos seres incomparables que son polen y libertad en las sienes de tantos de nosotros. Ellos son arte en la memoria, memoria en el arte; versos y sangre que palpitan en vuestra nuestra realidad.



El pintor Juan Vallejo durante el montaje de su Antológica en el Arco de Santa María.
Burgos, abril de 2001
Foto Fede

25-6-24 for 2ndic 8

Libby

Can it be expressed in
any number of ways?

The two women
 for a century

2017

in writing

55

am per here.

am per her.

二

